

Uno llega del trabajo rudo y cansador, y, en vez de cariños y dulces halagos, se encuentra con una carita disgustada, con una boquita que le dice hieles, con unos ojitos que arrojan destellos de ira, con un corazoncito que cierra la válvula de su ternura y destapa la de la crueldad, y, finalmente con una cabecita, la cual se cierra de tal manera que no entiende (ni de "cho" ni de "arre").

Bueno, ¿qué tal se pondrá la cosa! para que yo, —que me siento con ínfulas de domador—, prefiera abandonar el campo y lanzarme a la calle en busca de tranquilidad para mi alma excitada y solaz para mi cuerpo agobiado por las fatigas del trabajo! Y con esto que vengo narrándole sucede igual que con el paludismo: a veces ataca diariamente por la mañana, por la tarde, o por la noche; o tras cada tercer día; y en ocasiones cada ocho o cada quince días. ¡Y pensar que para colmo de desdichas la ciencia médica no ha descubierto la inyección curativa que destruya ese maldito microbio!

Cuando hubo concluido su desahogo, le puso punto final con un largo suspiro de desencanto.

No pude menos de decirle piadosamente: Amigo mío, si Lucas fuera Cura lo absolvía, en el acto, de toda culpa.

Otro marido explicó lo siguiente: Fíjese, que mi cara mitad me quiere y cuida tanto como una gallina a su polluelo; pero ¡ay Dios! me cela del aire que sopla cuando en el barvolento esta alguna otra mujer (fea o bonita); me riñe porque le pareció que me miraron y miré, que me sonrieron y sonreí, y que me saludaron y contesté.

Si me tardo en la calle, supone, urde, inventa soñadas aventuras amorosas y para cuando regreso ya están rotas las relaciones, oculto el cariño y la lengua para insultar y despreñar a este pobre y manso palomito que ha vuelto al hogar en busca de paz y dulzura, y solo encuentra un ambiente tan cáustico como el que forma un horno de aceración.

¿Qué piensa Ud. que yo haga?— Me lanzo de nuevo a la calle para buscar amigos y la manera de divagar mis sinsabores conyugales.

De suerte, Sr. D. Lucas, que no ande hablando así de nosotros, nomás porque sí, sin haber investigado causas y razones. Fíjese, además, en que no todos los maridos son de esa manera que los pinta, sino muy contados y pudiera acontecer que figuraran mejor que en su disparatada clasificación, en una verdaderamente exacta la de "maridos desdichados", que se equivocaron al escoger compañera de su vida.

Y como este fuera acabando, casi con regañarme, antes de que el asunto se me pusiera "color de hormiga", procuré callarme con silencio sepulcral y sólo bullí los labios para decirle: adiós, amigo.

Otro marido, serio y muy juicioso, declaró lo siguiente: Dicen que la mujer ha de ser el alma de la economía en toda casa, así como del orden y la estética del hogar; que debe ser tan discreta y prudente en palabras como en obras, para mantener, de esta manera, tanto el equilibrio de la vida conyugal como el de las relaciones con los vecinos. Bueno: pues la mía, ignora todas y cada una de las leyes y las reglas de la economía política y doméstica; no descenderé a los detalles, porque a mi juicio, la ciencia de una mujer para gobernar su casa, ha de ser objeto de un largo programa, y la mía no sabe más que comer, dormir, vestir, cosmetizarse y divertirse. Entre las virtudes (facultades) extraordinarias que posee figuran la tan peligrosa de hablar hasta por los codos, criticando a fulanita y a menganita y la no menos horrible de armar buenos pleitos entre los vecinos que ya nomás la vean y se santiguan devotamente.

Y yo el Gerente de esa casa ¿qué quiere que haga? Por no reñir y regañar y batallar, prefiero irme a cualquier otro sitio lamentando que no haya en mi casa lo que existe en otras para honra y dicha de quienes tienen que habitarlas. Dijo y desapareció de mi presencia dejándome intrigado con su historia y menos con las otras, tan interesantes como ésta.

Lucas pertenece al grupo de los que creen que para todo mal existe su remedio en este mundo.

Creo, Sres. maridos,— y esto lo digo sin que ninguna mujer me haya encargado su defensa—, que vosotros sois únicos culpables de esta mala situación que guarda vuestro hogar.

Sor Juana Inés de la Cruz, genial poetiza mexicana, nos dice por ahí:

*"Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis."*

*"Queredlas cual los hacéis
o hacedlas cual las buscáis."*

En efecto, si nosotros buscáramos en la mujer que hemos de elegir para esposa, las cualidades que corresponden a la mujer: educada, buen cuidado tendría ella de

ejercitarse y disciplinarse para tener todas aquellas que nosotros reclamáramos.

Más, nos ve tan fáciles de caer rendidos ante el vano fulgor de los accidentes fabricados por la coquetería que, al que busca vanidades, hay que darle lo que busca, y por eso no hay otro remedio que “querelas cual las hacemos”.

Y cuando, un día, anhelemos ponerle eficaz remedio a este mal, nos queda el felicísimo recurso de “hacerlas cual las buscamos”; pero antes de casarnos, porque después la cosa no tendrá conpostura.

Por lo tanto, yo pido a los maridos que tienen hijos, que les aconsejen un estudio paciente y concienzudo del carácter de sus “candidatas” para el matrimonio.

Si después de haberlo hecho así las aceptan, para “esposa y mujer”, como dice el ritual romano, conociendo el mal carácter que tienen, ya saben que toda queja resultará “de hombres necios que culpan a la mujer sin razón” y a quienes justamente, solo queda el heroico deber de aguantar las consecuencias de su pretérita torpeza.

Y a vosotras, cabecitas que os cerráis herméticamente a las razones y que, según afirma ese marido, tenéis dos válvulas en ese corazoncito, la del amor y la de la crueldad, os aconsejo la siguiente regla que no he visto escrita en ningún libro: “haced a los hombres como los queráis; y querédlos, también, como los hagáis”.

Con el encanto de vuestra ternura, y solicitud de vuestras atenciones, podéis conquistar las más endurecidas voluntades.

Haced, siempre, confortable, alegre y risueña vuestra casita; convertíos en fieles y útiles compañeras de la vida, y no habrá marido que no quede cautivado en las dulces redes de ese vuestro querido y poético hogarcito.

SOY LA VOZ DEL QUE CLAMA EN EL DESIERTO.....

Tienen los frailes sus historias, y uno, que ya murió, le contó a Lucas la siguiente:

Estaba cierto cura dizque confesando a un indio joven. Este, hincado y con la cabeza agachada, se movía y producía cierto ruido semejante a sollozo. Con esto el cura, que lo aconsejaba, creyéndolo poseído de un enternecedor arrepentimiento, redobló sus consejos diciéndole entre otras muchas cosas que hacía bien en llorar sus pecados de aquella manera y etc. etc.

Cuando le faltó saliva para continuar los famosos consejos y se calló también para tomar aire, entonces el arrepentido muchacho, jubiloso, gritó con voz de triunfo:— ¡¡Upa, torito!! Y le aventó a la cara un torito de cera que había fabricado cuidadosamente durante los largos consejos del pobre fraile.....

Por mucho tiempo desde que, como Lucas me he metido a predicador, estoy temeroso de correr, si no igual, cuando menos una suerte parecida.

Y por desgracia para quien tiene vivos deseos de componer, aunque sea un poquillo, el mundo, ya comenzaron a salirme con: ¡¡Upa torito!!

Siquiera este célebre personaje del torito, salió con algo diferente del asunto. El torito con que me salen mis querido lectores, es con el mismo cornudo, bravo, retozón y “regiego” de los defectos que voy criticando.

Que digo del feo defecto de ensuciar lo que se vé limpio en plazas, calles y casas. No acabo de decirlo cuando ya veo salir el mismísimo torito.

Que critico algunas costumbres. Bien, bien, ahí van saliendo, alegres y encantados de haber nacido en tan bello país, los famosos toritos.

De tal suerte que bien puedo asegurar que va sucediéndome lo que a Juan el Bautista: “Soy la voz del que clama en el desierto.....”

Sólo falta, para colmo de desdichas que también resulten una Salomé que solicite mi cabeza y un Herodes que me la mande cortar.

Yo, por razones que no es oportuno referir, estimo la cabeza más que todo el cuerpo y, temeroso de toda desgracia como sería perderla, prefiero ir arreglando desde ahora mi viaje, y aprovecho la oportunidad para anunciar que en el próximo diciembre Lucas cantará las golondrinas de Bequer como amorosa y tierna despe-

dida de quienes fueron sus amigos predilectos.

Más eso sí: cuando Lucas, el derrotado y pobre Lucas, quiera recordar debidamente el efecto que produjeron sus artículos en el ánimo del público lector, traerá a su mente la famosa historia del joven indio:

¡¡ Upa, torito !!

CALUMNIAR Y DIFAMAR

JUNIO DE 1928

Estos dos conceptos se parecen y hay personas que, pasando por cultas, los confunden.

Intentaré definirlos y disertar un poquillo acerca de ellos.

Calumniar es afirmar y acusar a una persona de haber cometido faltas o delitos que no cometió y que, como consecuencias, le hacen perder el honor y recibir castigo de la justicia.

Difamar es ocuparse oficiosamente de quitarle a una persona la honra, publicando faltas que han llegado a nuestro conocimiento por personas que tienen el feo vicio de hablar mal del prójimo, o por que han sido testigos de ellas.

En el primer caso, de la calumnia,—se trata de un inocente; en el segundo,—de la difamación,— se trata de un culpable.

En los dos, el efecto viene siendo el mismo, quitar la honra.

Quitar la honra es destruir la buena opinión que se tiene de una persona trabajando porque se piense mal de ella.

Los datos que tal conducta causa son inmensos.

Sacrifican el robo de un tesoro que es muy difícil reponer.

Quien se ceba en un inocente comete una acción más vil aún que la del ratero que se adueña del tesoro que hemos heredado de nuestros abuelos o adquirido con mil esfuerzos.

No hay en el mundo persona más asquerosa y repugnante que el ladrón de honras, pues este roba tesoros del alma.

El difamador tiene, en cierto modo, motivo para no decir bien de quien ha visto mal; pero muchas veces no tiene derecho y menos cuando solo pretende quitar la fama de las personas, sin necesidad y por el placer de causar ese perjuicio.

En buena hora que hablen mal de una persona quienes han recibido daño o tengan, que hacer justicia; más ¿quién les dá derecho a los demás para "hacer leña del palo caído"?

¿Puestos en el caso de la víctima, nos agradecería que se hiciera tal cosa con nosotros?

Podemos asegurar, sin temor a equivocarnos que, quien se ejercita en difamar, está en aptitud de calumniar también.

Te damos, pues, pleno convencimiento de que quitar la honra por medio de la lengua, es hacer un daño gravísimo y que nuestra conciencia ha de cargar con la responsabilidad de las malas consecuencias.

Si el calumniador semeja una temible víbora ponzoñosa, el difamador realiza el repugnante oficio de gratuito y entrometido verdugo de culpables y hasta podríamos agregar que es digno aspirante al puesto de calumniador.

¿Qué diferencia encuentras tú, carísimo lector, entre quien ayuda a quitar la honra, sin tener derecho para hacerlo, y quien la roba calumniando?

¿Verdad que el primero se ensaña en un caído y el otro se empeña en tumbar a un inocente?

¿Sin haber en tí agravio que vengas, te agradecería el oficio de difamador?

Medita estos razonamientos y decide por ellos tu conducta para que no obres inconscientemente, y sobre todo para que hagas menos daño en tu paso por la vida si, cuando menos, se te ocurre, un día, ser difamador.

FRAY ALEJO